



Tres primos



llegados recientemente de provincias que, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad, lo primero que hicieron fue pelearse sin, en contra de lo que otros afirmaran en su momento y en su día, prestar la menor atención a las instrucciones recibidas en lo referente al corazón de la abuela ni a la forma correcta de manipularlo para que no se rompiera el orden secuencial de los acontecimientos que venían sucediéndose desde el día en que una niña de la clase de la señorita Marcela estuvo leyendo a sus compañeras en el recreo unos documentos que debían de ser muy antiguos porque dijo que los había encontrado entre unas tibias un tío suyo que era explorador y habrían, si nada se torcía, de desembocar en una historia y una identidad que Alicia podría confeccionar si no a su antojo sí por lo menos a medida y bien sentada (la historia) o perfectamente definida (la identidad) salvo que no se aviniesen — y se daba ella cuenta de que con esa posibilidad se debe contar siempre “habida cuenta¹ de lo borrega que puede ser la gente”— ni la una ni la otra² a lo que a ella personalmente más le gustase o, si algo se torcía (posibilidad que no debe jamás desecharse por impensable), en algo que bien³ podría suceder en algún archivo que debería, para que las cuentas cuadrasen y Benilde⁴ no se disgustara, enlazar desde (o de retroceso a):



Tres primos



llegados recientemente de provincias, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de — sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad — secundar el entusiasmo popular, que llevado de su vanidad tenía el innegable honor de haber suscitado Felipe el Terrible, circunstancia a su vez, de seriedad y con el corazón en la mano en la decimata, nos pedía encomendar lo que quería porque nosotros dignáramos a lo que luego faltó.

Que se vea claramente — a lo vez al menos y con el alma en vilo una Genoveva temerosa de que aquellos muchachos ignorantes de que las cosas hay que hacerlas con método y discernimiento, además, de que era ella, Teresa, de un sólo golpe pero certero, literalmente a la basura la sencilla labor a la que llevaba años y aun lustros o siglos sacrificando gustosa su existencia — que en verdad lo decían con el corazón en la mano, el mayor sobre todo y en concreto, que lo había exigido de encima de la comedia y, la abuela, ¿pero québrado que me lo usé a tiempo?, pasando el chico de una mano a la otra; su entera corazón de Jesús de todo lo malo y de perfecta señora, que era.

Porque Genoveva era, aparte de como el tío Luciano tan comedido no hubiese dicho jamás salvo por boca de Teresa, puchero Genoveva la pedia, la encargada de mantener en orden y mudaciones, rigurosamente secuenciada — que se lo había dicho el tío Luciano — no se sólo nuestra historia de genes acostumbradas a moverse con soltura por las calles malolientes y con sus sacras y sus coctas y sus literos luminosos de nuestras ciudades, a paso vivo por lo general y sabiendo cada cual dónde iba, sino las historias — de otros genes desmitificando a oscuras por populonómicas sobre muy lejanas, secuelas de serenos las perdidas y su tener a quien pedir que aunque fuese con unas indicaciones muy sencillas las avencias hacia alguna parte — que solían desembocar en finales felices cuando, al encontrarse nuevamente y abracarse unos con otros embargados por el júbilo aunque estuvieran hambrientos y de polvo o barro hasta las cejas, se acordaba Teresa por la ventana de la puerta dando voces de que hicieran el favor de entrar y lavarse las manos porque la otra se empezaba a quedar fría.

¹ Le dijo a la hermana (o sólo lo pensó).

² Ni en su fondo ni en su forma ni en sus aderezos ni en el fin al que fueran a ser destinadas.

³ O mal, si los hados adversos decidieran que se tratara de un suceso desgraciado.

⁴ O Marcela o Violeta u Oriana.

Tres primos

“que ya lleva esta casilla y este distintivo — diría, no importa cuál de las cuatro —, de manera que aquí habría que quitarlo y poner otro”⁵ y, en eso, no habría argumento lo bastante sólido como para quitarles la razón, ni en grupo ni de una en una y dependiendo, eso siempre, de su antigüedad en el cargo y de los derechos adquiridos en virtud⁶ de sus respectivos méritos.

⁵ Sin olvidarse de añadir **el comentario** de que albergaba — y no importa que fuese Benilde o Violeta o Marcela u Oriana — muy serias dudas de que hubiese “entre este desastre de **alumnado que** — por algo merecedor de castigo, suponía ella, que hubiera hecho en una vida anterior — **me ha caído en suerte**” alguien capaz de encontrar una buena solución al problema.

⁶ Como no podría ser de otra manera.